

AÑO 7.º - - - - N.º 263

# Páginas Ilustradas

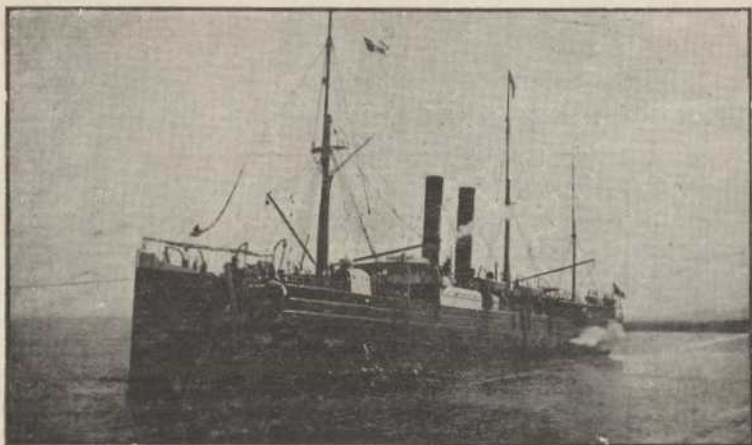
San José, Costa Rica



IMPRENTA DEL COMERCIO

# UNITED FRUIT COMPANY

## LÍNEA DE VAPORES



La United Fruit Co. ofrece á sus favorecedores un servicio sin rival entre Puerto Limón y los puntos que abajo se expresan:

### Vapores Cartago, Parismina y Heredia

de 5000 toneladas cada uno, harán un servicio de cabotaje así:— Entre Limón (Costa Rica) y Colón (Panamá) todos los miércoles á las 9 p. m., haciendo buenas conexiones con vapores para Kingston (Jamaica) y Santa Marta (Colombia). El mismo vapor regresará de Colón con escala en Bocas del Toro. Entre Limón y New Orleans, con escala en Puerto Barrios (Guatemala) cada sábado en la noche.

### Vapores Limón, San José y Esparta

de 3300 toneladas cada uno, servicio semanal entre Limón y Boston. Salen de Limón los domingos.

Para más informes dirigirse á las oficinas de la United Fruit Company en San José ó Limón y á los Sub-Agentes Sasso & Pirie, San José.

**E. J. HITCHCOCK, Administrador**

 **Páginas  
Ilustradas**  
Revista · Semanal



**San José, Costa Rica**

☞ ☞ América Central ☞ ☞

Sundador y Propietario:

**Próspero Calderón**

Editor y Admor.:

**Francisco Calderón**

Año VII ☞ N.º 263

Costarriqueñas

**En Puntarenas**

*Aroma suave de la reseda  
y el mar sus tumbos rima en la playa  
donde la espuma vibrando queda,  
como heliotropo que se desmaya.*

*Un marinero fuma cachimba  
viendo dos barcos en lontananza;  
allá las notas de una marimba  
se unen rimando costeña danza.*

*Una morena de ojos quemantes,  
de curvaturas hechas pecado,  
ha vuelto locos dos navegantes  
que van tras ella para el mercado.*

*Se ven dos bongos en el estero  
dando tirones á las amarras,  
y engarza notas el marimbero  
acompañado de dos guitarras.*

**LISÍMACO CHAVARRÍA**



# La mujer en la cultura de los pueblos

La mujer, en primer término, es el factor más poderoso de la cultura general. ¿Cómo?: de dos maneras en apariencia diferentes, pero perfectamente concomitantes.

Es la primera: por razón del medio ambiente que diluye en las almas los elementos y las influencias predominantes.

Estudiando el asunto por este aspecto, tengo que aludir á la centuria décima octava en la ubérrima nación de Francia.

Ningún ciclo en país alguno siente más y mejor y con mejores resultados para el Arte el deleitable influjo de la mujer, que aquel gran ciclo.

Desde luego, trátase de la mujer refinada, sentimental sin histerismos, de la mujer espontáneamente nerviosa, que padece sin fingimientos la *morbi-  
lidad* alucinante y cruel. A estos lindos modelos de gracia y compostura, ha debido aplicarse—pensando en sus curiosos peinados, en aquellas adorables cabezas donde la sensación de mirra ó ámbar ríe entre la sutileza de los polvos odorables—la enigmática, aunque un tanto dura alusión de Mallarmé: son cascós perfumados.

Mezclábase ciertamente esa mujer en los enredos y secretos del Estado: dominaban al Monarca en pro de sus intrigas, la duquesa de Chateauroux, grácil y sensual; la Dubarry, engendro de cortesana y gata, y la soberana Pompadour. Con todo, deshilando de la tela la hebra que desluce, impónese el reconocer al propio tiempo, conforme escribe otra mujer ilustre—la señora Pardo Bazán,—que en la historia de esas galantes épocas no resuena chocar de armas como en las de Herodoto y Jenofonte, sino crujir de tornasolada seda y de varillas de abanico, murmurio de madrigales, risitas, chillidos; el ¡ay! de las melancolías de la pobre Pompadour, que no sabía cómo entretenir y quitar la murria al *bien amado*, ahito de la miel del deleite.

La segunda manera de que dispone la mujer para actuar en bien del intelectualismo, tiene íntima agnación con un hecho biológico reconocido y vulgarizado por el rudo Shopenhauer, el sombrío filósofo determinista. Shopenhauer lo explica en la siguiente justa y consoladora fórmula: La liquidación del hombre inferior (comerciantes, banqueros, *clubmen*, *sporimen*, etc.) por el predominio del hombre intelectual, esto es, la regularización absoluta de todas las esferas sociales, se conseguirá el día en que, únicamente se unan las mujeres bellas, sanas y virtuosas con los hombres superiores.

Para el taciturno metafísico alemán no existe el derecho, tal vez ni la necesidad, en el sér desprovisto de salientes facultades mentales, de aproximarse á la hembra humana y celebrar con ella la Nochebuena de las nupcias amorosas.

Y ciertamente, parece natural, que ojos negros que llaman al incendio cual lumbres atraentes, sean para labios que habrán de posarse castamente sobre sus pestañas sedeñas; que albas—conchas—rosicler donde brilla solemne la armonía de un berilo ó de una pura agua Golconda, sientan el goce singular de bocas que saben entonar tibia y sabiamente el *allegro maestoso* de la vida; y que manos blancas, aprisionadas por turquesas y rubíes, se destinen para calmar con la embriagante caricia las fiebres que consumen las frentes pensadoras.

Por el otro lado, parece asimismo natural, que una lisonja de cualquier ánimo de la mayoría inconsulta é irresponsable, le venga á una mujer, si es de las que se postran ante el altar de la Diosa que reparte laureles, como un seco golpe de un látigo sobre el raso plumón de una dormida tórtola.

Grande y nebuloso Shopenhauer!: tu fórmula es una parábola de la biblia moderna del entendimiento; y yo, siguiendo tus ensueños, me quedo con



una lira muda, con empolvado alpicordio, ó con una estrofa sin lectores, antes que con un insoportable conquistador de los salones que sólo sepa arreglarse á una cuadrilla ceremoniosa, danzar airosamente un revoltoso valse Boston ó tomar el compás de ese antiestético *two-step* importado en mala hora de Yanquilandia....

FRANCISCO PANIAGUA PRADO

## Notas

Arribó á esta mansión amiga un príncipe de las letras centro-americanas.

Abogado notable de la vecina región nicaragüense—el doctor don Mariano Barreto—prefirió afiliarse en la lista de los Quijotes enamorados de la lengua madre, encantadora Dulcinea á quien más de uno por desgracia ofende, para purgarla de la conglomeración de vicios que el modernismo descoyuntador va introduciéndole.

Y así va, no con lanza en ristre pero sí con bien tajada pluma, en animada y conceptuosa polémica, deshaciendo los agravios que se cometen contra el rico idioma de nuestros mayores, formando escuela

de puritanismo sincero y conquistando respeto hacia los cánones consagrados por los maestros del buen decir.

Bien venido sea el ungido académico, á quien rogamos que descuelgue la péñola y que haga salir por su acerada punta, para esta tierra que lo estima, alguna de sus didácticas lucubraciones.

\*\*\*

Por olvido que no nos es atribuible, dejó de incluirse en la lista de nuestros activos y cumplidos Agentes, á los de Juan Viñas y Turrialba. Cumplimos ahora ese grato deber, y suplicámosles la debida disculpa.

\*\*\*

A nuestro amigo don Carlos Peralta p. y á su apreciable familia, presentamos el testimonio de nuestro justo pesar, por la muerte de la distinguida señorita Ernestina Peralta, ocurrida en la semana anterior, y hacemos votos por su resignación cristiana.

\*\*\*

El número del domingo pasado de esta revista no es el 226 como por error se consignó sino el 262; conste.

Resonancias del terruño.Por Ramón M. Quesada.

## Ultimos días de Cartago

*Continuación*

### XIV

La tragedia desarrollada en la casa de don Felipe Sancho Oreamuno, que vivía en la calle del Cuartel, doscientas varas al Sur del Parque central, y descrita por su hijo Felipe Sancho Iglesias, reviste los caracteres más sombríos, y ha producido gran consternación, por ser las víctimas doña María Joaquina Iglesias de Sancho, ejemplar matrona, que constituía un preciado ornato de la sociedad cartaginesa, y su hijo Félix, caballero muy estinado por sus bellas prendas personales.

—“Poco antes de las 7 de la noche del 4 de mayo último, dice el señor Sancho, nos encontrábamos en casa, un poco tranquilos, pues aunque en el día había habido dos temblores algo fuertes, desde la 1 de la tarde no habíamos vuelto a sentir ninguno otro. En la sala de la casa, convertida provisionalmente en dormitorio, por quedar más inmediata a la calle, estaba mi madre recostada en su cama, oyendo atentamente la lectura que mi hermano Félix hacía de un periódico en alta voz. En otra habitación mi señora se ocupaba en acostar a los niños; los demás de la casa se hallaban cada uno en su cuarto, y sólo faltaban de doce personas que componíamos la familia, mi padre que estaba en San José, y mis hermanos Gonzalo y Juan Rafael que que acababan de salir a la calle. Yo hacía solo unos trabajos de fotografía en una habitación oscura, cuando de la manera más violenta sentí un sacudimiento brusco de la tierra acompañado de un gran ruido subterráneo, que me llenó de pánico.

No había recorrido dos varas en dirección a la puerta, cuando oí el crujido del maderamen de la casa al quebrarse, y el imponente ruido de las paredes que se desplomaban. Sentí al mismo tiempo sobre mi cabeza el enorme peso del techo, que me sepultaba: todo esto sucedió en el término de dos a tres segundos a lo sumo. Inmediatamente oí entre los escombros,

no muy distante de donde yo estaba, los desgarradores gritos de mi madre que imploraba auxilio; yo hacía otro tanto, pero no llegaba a mí ninguna voz de afuera, nada absolutamente que pudiera hacerme concebir una esperanza, y la desesperación se apoderó de mí.

La casa tenía cielo raso de tela y además de madera. Hice esfuerzos sobrehumanos por romper ó despegar una tabla del techo, pero eran tan gruesas que no me fué posible, y mientras tanto, una inmensa polvareda me asfixiaba. La reflexión me vino, al fin y recordé que tenía fósforos: encendí varios, pues por fortuna me habían quedado las manos libres, pero inmediatamente se apagaban por la falta de aire; saqué de mi bolsillo un cortaplumas que trafa por casualidad y comencé a cortar la manta del cielo raso que me tenía envuelto. Entonces vi por un pequeño agujero, entre los escombros que me oprimían, una claridad instantánea, semejante a un relámpago, que me acabó de aterrorizar, pues creí que los alambres de la luz eléctrica estaban incendiándose y que pronto se comunicaría el fuego a los materiales caídos sobre nosotros. Después supe que la claridad que yo había visto era efecto de un bólido que cruzó el cielo enseguida del terremoto.

Seguí trabajando con desesperación hasta que logré sacar la cabeza, y luego todo el cuerpo; corrí presuroso y di vuelta hacia la entrada de la casa, pues yo había salido por uno de los costados, y lo primero que distinguí, en medio de una densa polvareda, fué la figura de mi esposa con una niñita en los brazos (mi hija menor), que me indicaba, llena de espanto, el lugar donde estaban sepultados los demás: ella había salido con la ayuda de mi hermano Alejandro, que como yo, también se había salvado solo, por sus propias fuerzas. Mis hermanos Gonzalo y Juan Rafael llegaban



en ese momento precipitadamente de la calle, donde les había sorprendido la catástrofe, y juntos emprendimos entonces la tarea de salvar a nuestra madre y a mis otros hijos de quienes apenas se oía un débil clamor, que salía de debajo del montón de escombros.

La oscuridad era completa, la tierra seguía estremeciéndose a cada rato, sordos retumbos subterráneos y multitud de voces y gritos desgarradores que se alzaban de toda la vecindad aumentaban el pavor de aquella noche, cada vez más. Pero ni todo esto unido a la fatiga y a la absoluta falta de herramientas que nos facilitarían el trabajo, podía interrumpir nuestra tarea, y nos despedazábamos las manos porque no había otro recurso. Por fin tropecé con los cuerpos de dos de mis hijos, que tuve la dicha de sacar vivos después de mucho costo, y, sin tiempo que perder, los deposité en brazos del primero que se acercó a recibirmelos. Continuamos apartando obstáculos, ansiosos de salvar cuanto antes a nuestra madre, cuando una nueva pena vino en aquel instante a aumentar el dolor de todos, al oír la voz de alguien que nos decía que nuestro hermano Félix, a quien hasta entonces habíamos creído salvo, estaba también sepultado bajo la ruina, pero nadie podía decir hacia dónde ni en qué sitio podía estar, pues ninguno se acordaba dónde lo había visto la última vez, ni si lo había oído después de caída la casa. Todavía nuestra madre nos hablaba a intervalos con angustiada voz, y nosotros sin dejar de trabajar, procurábamos infundirle ánimo, mientras la sacábamos, cuando se sintió otro gran sacudimiento, casi tan fuerte como el primero, y en seguida no volvimos a oír más a nuestra amorosa madre. En vano la llamamos repetidas veces, poseídos de la mayor desesperación: el último temblor, sin duda, al remover y apretar más los escombros, acababa de apagar para siempre su maternal acento. Pasaba a la sazón un hombre por media calle con un farol en la mano, y al escuchar nuestras exclamaciones, se acercó, y con ayuda de la luz, pudimos muy pronto descubrir el cuerpo de nuestra madre: una ojeadá a aquella escena no más, bastó para convencernos de la horrible realidad. Todos nuestros esfuerzos, no habían sido suficientes para arrebatárle a la muerte la prenda para nosotros más querida, y así

nuestra última esperanza acababa de desvanecerse por completo, al mirar sin vida aquel semblante dulce, que tantas veces habíamos contemplado con amor en las horas de felicidad, como en los días de sufrimiento.

Sentí bruscamente el enorme peso de la desgracia que nos afligía; comprendí la horrible orfandad en que quedábamos, y en medio de aquella inenarrable confusión sintiendo ya que mis fuerzas flaqueaban, alcé con mis hermanos aquellos restos tan queridos y los trasladé al rancho que teníamos en el patio de la casa desde el 13 de abril.

El deber nos llamaba a todos de nuevo al mismo fatídico lugar: necesitábamos buscar a nuestro hermano Félix, pero ya el hombre que nos había alumbrado con su lámpara, para hacer el fúnebre descubrimiento, había desaparecido. La más completa oscuridad reinaba de nuevo en aquel escenario, la lluvia principiaba a caer y el viento soplabá con furia. Corrí como un loco por desiertas calles, en compañía de mis hermanos, en busca de una linterna, pero poco después regresamos todos a la casa decepcionados: nada habíamos podido conseguir, pues cual más, cual menos, todos estaban en las mismas dificultades que nosotros. No podíamos dejar que pasara allí la noche, bajo aquella masa homicida, un miembro querido de la familia, tal vez vivo aún, y sin embargo era imposible, sin una luz, poderlo hallar. Mientras tanto los retumbos continuaban, la tierra seguía temblando como si quisiera amedrentarnos todavía más, y la lluvia principiaba a arreciar. Viendo la inutilidad de nuestro empeño ante aquellas fuerzas desatadas en nuestra contra, decidimos llenos de dolor y desconsuelo refugiarnos en el rancho, a velar por el resto de la noche, el cadáver de nuestra madre, en unión de dos familias vecinas: la de don Federico Quesada, y la de don Pablo Torres, y a esperar con ansia la claridad del nuevo día.

Al fin las tinieblas se fueron disipando poco a poco, a medida que un panorama de desolación y de tristeza se iba presentando con todos sus detalles a nuestra vista. No se había aclarado completamente el día, cuando nos dirigimos al lugar en que había expirado nuestra madre; permanecimos allí un momento pensativos, sin cruzarnos palabra, y saber qué hacer,

cuando mi hermano Alejandro se agachó á recoger algo del suelo, que había llamado su atención y repentinamente se levantó con el semblante demudado. ¡Oh ingrata sorpresa! Lo que Alejandro había descubierto era la cabeza de nuestro desgraciado hermano Félix, que apenas sobresalía entre los escombros.

Principiamos á desenterrarlo inmediatamente, y poco después teníamos la triste satisfacción de colocar su cadáver al lado del de nuestra buena madre, á quien él había hecho compañía hasta los últimos momentos. Aquí llegó á su máximum nuestra pena al notar el desamparo tan grande en que quedábamos, sin ninguna clase de recursos y sin saber á dónde dirigirnos para conseguir algún alimento que ofrecer por lo menos á los niños, hasta que más tarde logramos proporcionarnos algo, cuando comenzaron á llegar provisiones de San José y de otras partes.

Como á las 9 de la mañana llegó nuestro anciano padre á pie desde la capital, en la mayor angustia y sin saber lo que había pasado en la casa: todos corrimos á abrazarlo, y como si obedeciésemos á una consigna preparada, ninguno se atrevió á comuncarle aquella tremenda desgracia,

hasta que al entrar al patio de la casa, y tropezar con dos cadáveres que estaban cubiertos con una sábana tuvimos, con dolor inmenso, que decirle la verdad.

Una escena imposible de contar, sin que el corazón se sienta de nuevo conmovido, se sucedió entonces: mi padre, de pie contemplaba á las víctimas, casi indiferente, por lo extraordinario de la emoción, y todos los demás, grandes y pequeños, nos lamentábamos de aquella increíble fatalidad, que en brevísimos segundos había llenado de luto nuestro hogar, sumiéndonos en el mayor desconsuelo y abatimiento.

Poco más tarde teníamos que soportar la inefable pena de ver salir para siempre de nuestro lado, con dirección al cementerio, aquellos restos venerados, sin ataúd siquiera, porque no había donde conseguirlo, y en una carreta, que era lo único que se pudo conseguir para el entierro; y tres días después, el compromiso de abandonar, con el mayor sentimiento, aquella ciudad en ruinas, para trasladarnos á Alajuela en busca de un asilo.—

FELIPE SANCHO IGLESIAS".



## La serenata de un poeta

á Ernesto Martín

En alta noche—á solas con la calma—  
vense unos cuantos músicos afuera,  
se escuchan suaves notas en la acera  
de la morada poética de una alma.

Y se levanta erguida como palma  
al escuchar la música ligera,  
la novia joven, que abre su vidriera  
á la canción ducísima de "Balma".

Su tierno corazón adolescente,  
se estremece agitado por el medio,  
de sufrir las torturas del cariño.

Hay perfumes de amor en el ambiente...  
Ya el eco va extinguiéndose muy quedo:  
la serenata expira como un niño!

OTONIEL FONSECA





**Don Pío Bolaños**

**Cónsul de la República de Nicaragua en New York**

(Esposo de una hija del Dr. Juan J. Ulloa)



## ¿Cual ?

(Del inglés)

"¿Cuál ha de ser, cuál ha de ser Dios mío?  
yo al esposo miré y él me miró;  
querido Juan, que me ama todavía  
con la misma ternura que aquel día  
en que el cielo bendijo nuestra unión.

Ambos mudos estábamos; yo quise  
ese triste silencio interrumpir,  
y en voz muy baja y trémula le dije:  
"Repite lo que ofrece y lo que exige  
en su carta Roberto." "Dice así:"

Y Juan leyó: "De vuestros siete hijos  
dadme uno para siempre, el que escojáis,  
y yo en cambio os daré tierras y casa,  
tendréis fortuna y bienestar sin tasa,  
y el hambre ahuyentaréis de vuestro hogar."

Torné á mirar á Juan; en su vestido  
ví la pobreza; en su semblante ví  
las huellas del insomnio y la fatiga,  
del trabajo tenaz que yo, su amiga,  
á mi pesar, no puedo compartir.

Y pensé en nuestros hijos: ¡ay, son tantos!  
¡Siete que mantener y que educar!  
luego exclamé con aparente calma:  
"Mientras durmiendo están—¡hijos del alma!  
ven y escojamos al que se ha de dar."

Con paso lento, asidos de la mano,  
la penosa revista al comenzar,  
llegamos á la cuna de María;  
¡oh cuán hermosa estaba! Parecía  
una rosa entre lirios y azahar.

El pobre padre quiso acariciarla  
y con su tosca mano la tocó;  
ella hizo un ligero movimiento,  
él retiró la mano, y con acento  
que nunca olvidaré, dijo: "¡Esta no!"

Fuimos á una camita donde juntos  
formaban dos un grupo encantador;  
¡tan lindos, tan pequeños, tan queridos!  
¡y cómo, cuando están así dormidos,  
inspiran más ternura y compasión!

Una lágrima ví que humedecía  
la rosada mejilla de Julián;  
la enjuagué con un beso de ternura  
y dije: "El pobre es una criatura;  
á éste tampoco lo podremos dar."

Por largo espacio, con los ojos húmedos  
mirándolo estuvimos; Juan al fin  
dijo sintiendo lo que yo sentía:



"A éste nunca jamás lo entregaría,  
ni por un mundo, ni por mundos mil."

Allí Pepillo está; ¡muchacho malo!  
nunca sumiso, siempre en rebelión,  
no me deja un momento de reposo:  
¡es tan inquieto, altivo y caprichoso,  
tan discolo y travieso el picarón!

¡Pobrecito! Para este sacrificio  
¿le tocará la suerte al infeliz?  
—Oh!, nunca! dijo el padre con ternura;  
que solo de una madre la dulzura  
lo puede soportar y corregir."

Al lado de la cama de Eloísa  
caímos de rodillas Juan y yo;  
¡hija del alma, la queremos tanto!  
es nuestro orgullo y del hogar encanto  
por su bondad, su gracia y su candor.

Mi corazón latía con violencia  
cuando dije temblando: "A ella quizá . . .  
para su educación . . . le convendría . . .  
mas Juan me interrumpió con energía  
"Calla, calla por Dios! ¡ésta jamás!

Sólo falta Tomás, el mayorcito;  
tan sincero, tan noble, tan leal!  
es el vivo retrato de su padre  
"¡a éste, exclamé, del lado de la madre  
nadie en el mundo lo podrá arrancar!"

"¡A ninguno!" exclamamos en concierto;  
"¡a ninguno, a ninguno!" repetimos  
con expresión de gozo indefinible;  
y luego le escribimos

en términos corteses á Roberto  
que aceptar su propuesta era imposible.

Después de aquel momento  
sentimos más valor, más energía,  
y sostenemos con mayor aliento  
el rudo trabajar de cada día.

Verdad es que ganamos el sustento  
con afanes prolijos;  
empero en el hogar reina el contento  
y no falta ninguno de los hijos.

Si la miseria alguna vez alcanza  
á llegar al umbral de nuestra puerta,  
no la ha de hallar abierta,  
porque tenemos puesta la esperanza  
en Aquel que de todos es consuelo,  
y con los ojos en la tierra fijos,  
á los pobres protege desde el cielo  
y el pan les da para sus tiernos hijos.



# Crónicas de Hamburgo

## En el Cementerio

Yo he leído en alguna parte que la delicadeza de un pueblo y su grado de cultura se reconocen en su manera de adornar las tumbas. ¿Dónde lo leí? No lo sé... ¿El juicio es exacto? Me parece que sí...

Y siendo esto así, Hamburgo, yo os lo aseguro, puede colocarse á la cabeza de los pueblos más cultos, porque sus cementerios son jardines, son verdaderos paraísos, donde la primavera florece todo el año.

Era el día de Difuntos, y encaminé mis pasos al cementerio católico...—¡Me he equivocado!—pensé al entrar... Ante mis ojos extendíase un vasto jardín sembrado de rosas... Reconocí, no obstante, el sagrado lugar donde me hallaba al descubrir aquí y allá, escondidas entre macizos de flores, las blancas losas de las sepulturas.

Por eso no hay nada más riente, más apacible, que un cementerio alemán. Estas gentes no tienen miedo á la muerte, porque son lo suficiente instruidas para no temer lo inevitable... Por eso procuran prolongarse la vida y hacerla lo más amena y agradable posible.

No... Este cementerio no es tétrico ni lúgubre... No tiene ni siquiera ese tinte melancólico que dan los altos cipreses, los llorones sauces y la tierra pelada á nuestros tristes camposantos... Aquí todo es risueño... ¡Oh! Los muertos deben descansar alegremente en estos cementerios alemanes...

Flores por todas partes, pero flores de todos los matices, en profusión enorme... Flores en la *pelouse* de las praderas, flores en los bosquecillos, flores en jarrones, en macizo, en los bordes de las tumbas... Las flores parece que brotan espontáneas de esta tierra sagrada, que fertilizan los huesos de los muertos.

Sí; en este jardín espléndido, en este apacible refugio, nada, al llegar la noche, viene á turbar las sombras de los que cantan Heine en su balada. Aquí, á la luz de la luna, reúnen en alegre camaradería los blancos espectros para decirse sus confidencias y contarse sus historias chistosas y divertidas.

Las flores en tanto, exhalan lánguidas sus perfumes... Las rosas blancas tienen la palidez de las doncellas; las rosas rojas dirían que brotan de un corazón desgarrado... Por los entreabiertos labios de todas estas flores, los cadáveres que aquí duermen lanzan emanaciones divinas, perfumes exquisitos, que llegan á nosotros en oleadas como si fueran suspiros... No... Aquí no hay tristeza, no hay llanto, no hay melancolía, porque en este sagrado lugar las flores se abren voluptuosas, el sol ríe, los ruiseñores cantan... En los paseos de árboles, las ramas se abrazan amorosas y las mariposas revolotean suaves, ligeras y aladas, como las almitas de los niños... De una tumba á otra, deteniéndose en los cálices de las rosas, zumban trabajadoras las abejas, cual si encerraran los espíritus de los viejos que reposan, al fin, después de haber merecido el eterno descanso.

¡Ay! Cuando se abandona para siempre la vida, ¿dónde se podrá reposar mejor que aquí, voluptuosamente acostado sobre una alfombra de rosas? El poeta tuvo razón al referirnos las alegres historias que se cuentan los muertos, y sólo en estos cementerios pudo inspirarse, porque en ellos no asoma la tristeza, ni nos sentimos invadir por la melancolía... ¡Oh, no! Lo que hacemos es envidiar á los que tan dulcemente reposan...

Era el día de Difuntos y yo paseaba por las avenidas del cementerio, que inundaba el sol, leyendo la vieja balada de Heine, de ese pobre Heine al que persigue implaca-

ble el odio del Kaiser, borrando su nombre de todas partes, destruyendo las estatuas que á su memoria levantan... ¡Infeliz Emperador, que no ve lo inútil de su intento, porque cuando el imperio haya desaparecido, cuando nadie recuerde que el Kaiser existió... los versos del poeta seguirán encontrando eco en los corazones enamorados...!

Yo leía la fúnebre balada... «Una forma vaporosa iluminada por la luz de la luna sentose sobre la piedra tumular y, golpeando las cuerdas de una guitarra, cantó con voz temblorosa:—¿Conocéis aún la vieja canción, cuerdas sordas y siniestras? Conocéis la canción que en otro tiempo abrasaba con su llama los corazones?»

Levanté los ojos del libro para contemplar la esbelta figura de una mujer que acababa de detenerse delante de una sepultura. Alta, joven rubia, llevaba un ramo inmenso de rosas y deshojábala, ha-

ciendo caer los pétalos como una lluvia sobre la blanca losa...

Y continuó leyendo:—¿Conocéis la vieja canción? Los ángeles la llaman alegría celestial, los demonios la llaman mal infernal; los hombres la llaman ¡Amor!»

De nuevo alcé la mirada del libro... La hermosa rubia, con ademán lento, continuaba deshojando las rosas y haciendo llover los pétalos sobre aquella sepultura...

¿Quién podría ser? ¿A qué ser querido venía á ofrecerle el delicado homenaje de sembrar de pétalos de rosa su sepulcro?

El sol reía en el cielo, los pájaros cantaban, revoloteando; todo era quietud, calma, silencio... Sólo entre las oleadas de perfumes penetrantes que embalsamaban el aire la voz del poeta murmuraba:

... «Los hombres la llaman... ¡Amor!»

JOSÉ JUAN CADENAS





## In memoriam

### Para la que un tiempo...

Fué aquel un desborde exasperado de mis celos.

La maté.

El estigma de ese horripilante delito lo llevo aquí grabado en mi corazón. Y hay

momentos en que asoma á mi frente, bajo la apariencia de un manchón lívido, algo así como una estrella maldita que ilumina mis noches con los resplandores de la fatalidad!

La maté; pero de qué modo!...

Arrullé primero con la música de mis palabras á la que había de ser más tarde la víctima propiciatoria de mis criminales instintos. Imprequéla después, y la llamé luego á nuestra casa, el dulce nido de esposos, todavía caliente del calor de su cuerpo, sublimado por el éxtasis de los primeros ensueños pasionales.

Ella estaba en la kermess decidora y festiva, sonriente y lisonjera. Sin sospechar la proximidad de su espantoso fin, siguióme como una tímida gacela, arrastrando con indolente descuido sus diminutas chinelas, brillantes de piedrecillas luminosas.

Convencido de que ya nadie nos veía, de que el ruido de la fiesta había eclipsado nuestro recuerdo, llevéla al jardín de nuestra quinta, á la orilla del nemoroso estanque poblado de cisnes extasiados en la augusta somnolencia de la tarde, y hundí en su corazón la fina hoja toledana que á guisa de cortapapel usaba yo en mi mesa de trabajo.

Luego, cuando en estertores de agonía alzaba á mí sus brazos languidecientes para dejarlos caer al punto; cuando la sangre ahogó en sus labios el nombre mío: Enrique! Enrique!, balbucido apenas, recogí su cuerpo de la verdosa grama, y con sonrisa de desdén y de demonio, quise ver tiñéndose la linfa voluptuosa con su propia sangre, y lo arrojé en las ondas, produciendo, al hundirse, una encendida ebullición de perlas: fugaz lengüeta de agua teñida de rojo fué á besar mis plantas: último hábito de su existencia que acudía á ofrendarme el ósculo postrimero de su amor...

Un minuto después (la noche había acentuado ya sus tintes penumbrales) su cadáver flotó sobre las ondas. Furtivo lampo del crepúsculo bañó en flores de carmín el rostro de la occisa. Creí por un momento que ella se ruborizaba de mi crimen...

OSCAR PADILLA



# Tragedia bruta

## Tiberio

La Historia, que con sus fanales nos muestra el pasado, para norma y enseñanza de pueblos é individuos, nos da á conocer que en lo moral nada pasa impune cuando se hace daño, pequeño ó grande; que no hay tiranía ni fiera humana que, en conclusión, no reciba el castigo que merecen sus desmanes.

Para Agripina, Nerón, y para éste, Macrón.

Hechos históricos, como el presente, debieran narrarse cerca, muy cerca de los mandatarios que todavía en este siglo y á esta hora tienen calabozos inmundos, crueles penitenciarías, azotes, torturas para sus conciudadanos, para sus hermanos.

La galera que llevaba á Agripina con sus criados Galo y Aceronia, mata á Creperio; ganando la madre del monstruo la orilla, fué socorrida por los barcos de la costa y llevada á su quinta.

Cerca está ya mi madre, viene á tomar venganza—dijo la fiera,—armará los esclavos, incitará la cólera y el furor de los soldados; acudirá al favor del Senado y del Pueblo, representando el naufragio, la herida y la muerte de sus amigos. Se hace preciso el puñal de Aniceto, para dar un Imperio, y la tragedia se abre campo con Agerino, el enviado de Agripina, hasta llegar á la cámara.

Horror! El golpe de Hércúleo en la cabeza de Agripina y la vista del centurión, sirvieron para que la acometida, descubriéndose el vientre, pronunciara aquellas célebres palabras: "hiéreme aquí!"

Muchos golpes, muchas puñaladas; y la madre del César, la del vicio, la del crimen, dejó de existir en su quinta, por el lago de Lucrinio, en completo desamparo y á la luz de débil lámpara...



...El cabo dé Mineso, la quinta que fué de Lucio Lúculo, había de recordar el lago de Lucrinio.

Las fuerzas comenzaron á faltarle al tirano, al monstruo, al asesino sin igual; y como á pesar de los pronósticos del famoso médico Caricles,—de que iba faltando el espíritu,—volvía Nerón de su desmayo, Macrón ordenó que aquel viejo fuese ahogado, echándole encima fabulosa cantidad de ropas, mandando que todos saliesen del aposento.

A los sesenta y ocho años murió el asesino de Agripina: la fiera mundial!

\* \*

...La madre dijo: "Hiere el vientre que albergó la fiera"! Macrón: "cubran esa deformidad, para que se extinga!"

ARTURO AGUILAR.

## ENRIQUE BENAVIDES

Su zapatería, acreditada por su excelente material y fina confección, ofrece á su numerosa clientela grandes novedades en el ramo.

## Panaderías Cubanas La Habanera

— Y —  
**La Espiga de Oro**  
— DE —

**José María Odio G.**

En esas acreditadas panaderías obtiene el cliente buen pan y trato fino de los dependientes.

Una visita os convencerá.

Bruxelles, Belgique.

28 Rue de Parme.

## Señoritas Mennig

Pensión para señoritas que deseen aprender Francés, Música, Pintura, Corte, Costura, arreglo de Sombreros, etc.

**DIPLOMA OFICIAL**

**Altas Referencias  
Precios Moderados**

La oficina de

## PÁGINAS ILUSTRADAS

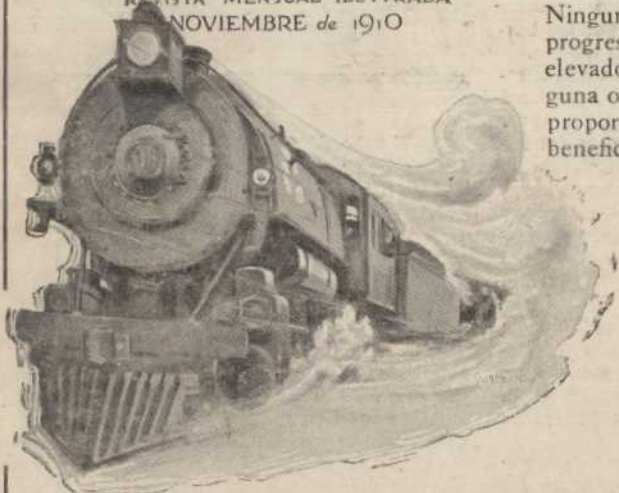
estará abierta diariamente:

de 7 á 8 y de 11 á 12 m. y de 5 á 9 p. m.

La Correspondencia debe dirigirse al Administrador.

# AMÉRICA

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA  
NOVIEMBRE de 1910



## *Símbolo de Progreso*

Ninguna otra revista española es tan progresista ni tiene ideales tan elevados como AMÉRICA. Ninguna otra revista en español podrá proporcionarle el placer y recreo beneficioso que recibirá Vd. de AMÉRICA.

Compre el último número en una librería. Números sueltos se hallan á la venta en las principales librerías, kioscos y establecimientos en que se venden publicaciones, á 20 ctvos. oro el ejemplar. Compre ahí un número hoy, ó pídale á los editores.

## The América Company

Metropolitan Tower

New York, E. U. A.